



NADIE LLORO

al comisario


Alvaro-Castillo

NADIE LLORÓ AL COMISARIO

(extracto: 3 primeros capítulos)

ALVARO CASTILLO

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai

sungailola@gmail.com

NADIE LLORÓ AL COMISARIO

INDICE

PRIMERA PARTE

- I) LA PETICION DE GRACIELA INGOLD
- II) LA DEBILIDAD DE MARGANESI
- III) LA SUCIEDAD DE CORRÓCHANO

ENLACES

PRIMERA PARTE

I) LA PETICION DE GRACIELA INGOLD

1.

Parecía que Montevideo no se iba a terminar nunca de despertar. Nubes pesadas como últimos sueños colgaban del cielo sobre la ciudad. No soplaba ni brizna de viento y el aire estaba quieto y era cálido y denso, muy húmedo, difícil de respirar. Lentas gaviotas soltaban ásperos graznidos sobre el mar.

Asomado a la única ventana de su dormitorio, en el undécimo piso del mal llamado Palacio Lecumberri, Deluc miraba hacia afuera con expresión de disgusto. Un viejo carguero de bandera seguramente liberiana o panameña (no se la alcanzaba a distinguir en la distancia), propiedad sin duda de armadores griegos o de chinos de Hong Kong, hacía sonar su bocina frente a la bocana del puerto, conducido por dos pequeños remolcadores que parecían aún más viejos.

Con una sonrisa torcida, cansada, que más parecía una mueca, Deluc se apartó de la ventana y se empezó a vestir. Estaba en calzoncillos. Sobre la cama, estaban desplegadas las distintas piezas de su vestimenta: la corbata, la camisa, la chaqueta, el pantalón, los calcetines. Deluc era un hombre en extremo ordenado.

Con el pelo aún húmedo de una ducha reciente, afeitado minutos antes y con la piel de la cara sonrosada todavía, Deluc se miraba en el espejo del armario al tiempo que se vestía. Era un hombre no muy alto (era en realidad bastante bajo) y más bien rollizo, de pelo castaño encrespado, facciones aniñadas a la par que bastante vulgares y unos ojos oscuros y mansos, con las pestañas muy largas, que revelaban una singular inteligencia. Tenía poco más de treinta años (nadie sabía exactamente cuántos).

Sonó el teléfono y Deluc levantó el auricular antes del segundo timbrado.

-¿Quién? –preguntó.

-Quiero verte –dijo una voz de mujer-. Mi marido ya se ha ido.

-En un rato estoy allí.

Después de salir del apartamento, mientras esperaba los ascensores, Deluc se puso a cantar, en voz muy baja:

Rechifláu en mi tristeza

Hoy te evoco y veo que has sido

En mi pobre vida paria

Sólo una buena mujer

Tu presencia de bacana
Puso calor en mi nido
Fuiste buena y consecuente
Y yo sé que me has querido
Como no quisiste a nadie
Como no podrás querer.

Deluc dejó de cantar cuando salió a la calle.

Eran más o menos las cuatro de la tarde.

2.

Eran las siete y media, aproximadamente, cuando Deluc, con su perramus amarillo encima del traje, empujó una de las puertas batientes del Gran Café Neutral y se acercó al mostrador. Alrededor de una mesa, hacia el fondo del local, había varias personas que hablaban en voz alta y excitada. Acodado en el mostrador, Deluc hizo un vago saludo hacia ellas.

De la mesa lo llamaron:

-¡Eh, Franchute!

-¿Qué pasa?

-Acércate.

Una vez que el patrón le hubo servido su grappa con campari Deluc se acercó a la mesa.

-Tráete una silla y siéntate.

Había cinco personas alrededor de la mesa, tres hombres y dos mujeres. Deluc los conocía a todos. Eran periodistas, como él.

-Parece que pasa algo –dijo, al tiempo que se sentaba-. Los noto a todos nerviosos.

-¿No te has enterado?

-¿De qué?

-Mataron a Pérez Moles, esta mañana.

-¿Al comisario?

-¿Hay otro?

-No creo que muchos lo lloren.

-Nadie lo llorará.

La que dijo esto último, con acento duro y definitivo, fue Nadina Olmedar, una reportera del semanario Nuevo Tiempo.

-¿Se sabe quién lo mató?

-Los turcos, seguramente –dijo Maragall.

Era el jefe de información de El Manantial, el matutino en el que trabajaba Deluc.

-Los armenios, querrás decir.

-¿No son lo mismo?

Maragall se burlaba.

-Que no te oiga un turco, Maragall –dijo Deluc-. Ni un armenio.

-Como todos sabemos, mataron a Bardasanián hace un par de semanas –dijo Marganesi, el encargado de la página negra (o de policiales) de El Manantial-. Seguro que Pérez Moles tuvo algo que ver con aquello. Lo de hoy ha sido una venganza.

-Los armenios no se vengan –dijo el Chino Balcárcel-. Son gente práctica y sensata, Marga. Su principal preocupación, hoy por hoy, es saber quién va a ocupar el lugar de Bardasanián. Y cómo. Correrá más sangre, lo apostarí.

Balcárcel cobraba de La Voz del Plata, donde hacía no se sabía bien qué. Era galán de fotonovelas, aparecía de vez en cuando en televisión y había sido una estrella del deporte hasta pocos años antes. Era un hombre grande y fuerte, alto, de facciones asimétricas y toscas y ojos rasgados (de ahí su apodo), con una expresión, por lo general, entre burlona y de perdonavidas. Deluc y él se llevaban bien; se llevaban de hecho mucho mejor de lo que hubiera sido dable suponer, teniendo en cuenta lo diferentes que eran.

-Fueron los turcos –insistió Marganesi.

-Los armenios –lo corrigió suavemente Nadina Olmedar.

Marganesi era un tipo lateral, solapado, que a Deluc le caía mal. Tenía fama de ser el mejor reportero de crónica negra de la ciudad, lo que para Deluc (sin duda) significaba muy poco, ya que (bien se sabía) él jamás leía las noticias policiales. Nadina, por el contrario, era un encanto de criatura: tenía poco menos de treinta años, una melenita corta cobriza, nariz algo respingona, labios llenos y ojos muy grandes, de mirada que tanto podía ser ingenua como maliciosa. Sin ser una beldad, ni mucho menos, era una mujer muy atractiva, y lo sabía. Se decía que Balcárcel y ella habían tenido sus más y sus menos algún tiempo antes.

-¿Quién se ha hecho cargo en Homicidios? –preguntó Deluc-. ¿Corróchano?

-¿Quién si no?

-Pareces muy interesado en el asunto, Franchute.

-No te voy a pisar tu terreno, Marga, tranquilo.

-No me lo podrías pisar aunque quisieras.

-No provoques al Franchute –dijo Maragall, con una risotada.

José Luis Maragall, al que nadie llamaba por sus nombres de pila (había quienes lo llamaban Flaco), era alto, muy flaco (en efecto), encorvado, inteligente, muy cultivado. Haragán, también. Se lo tenía como un magnífico periodista. Llevaba el pelo largo y siempre mal peina-

do y lucía bigote de guías colgantes. Sus ojos oscuros chispeaban malicia. Hacía tiempo que su única ambición era largarse a Europa, concretamente a París; había recibido algunas vagas ofertas en ese sentido.

-Connmigo –amenazó Marganesi- mejor no pasarse de vivo.

La segunda mujer del grupo, Graciela Ingold, no había abierto la boca hasta aquel momento. Había saludado a Deluc con una ligera sonrisa. Estaba sentada rígida, al parecer algo incómoda. También nerviosa y tensa. Era la primera vez que Deluc la veía allí.

Graciela Ingold era una mujer todavía hermosa (frisaba los cuarenta), de endrina cabellera, nariz fina y ligeramente corcovada y ojos de tinte verdoso. A pesar del maquillaje, muy medido por lo demás, se le notaba en la tez una palidez cerúlea.

-¿Tú nada tienes que decir, Graciela? –le preguntó Deluc.

-¿Qué quieres que diga? –contestó ella, con su atractiva voz grave, ligeramente ronca-. Los crímenes no son lo mío.

-Tampoco lo mío –dijo Deluc.

-Yo escucho –dijo Graciela, en voz algo más baja.

-El asesinato de Pérez Moles va a ser sonado –afirmó Marganesi, con esa confianza en sí mismo característica de él y un poco aburrida y absurda-. Muy sonado.

A Marganesi se le daba bien decir obviedades.

-¿Cómo lo mataron?

-De un tiro, en la puerta de su casa. Un tiro en la nuca. Si eso no es una ejecución...

-¿De un solo tiro? –inquirió Deluc-. ¿Los armenios? Si esos gastan veinte balas en cazar un pajarito...

-Un único disparo, a treinta centímetros, con una veintidós. Un asesino profesional, contratado.

-Los armenios no contratan asesinos, Marga –dijo Balcárcel-. Los tienen en plantilla. Y no son de los que tiran un solo tiro, como bien ha dicho el Francés. A Bardasanián, por lo que sé, le metieron veinte balas, por lo menos.

-A Bardasanián no lo mataron los turcos, que son sus compinches y compatriotas. No me extrañaría que lo haya hecho matar Pérez Moles, si no lo mató él en persona.

-¿Cómo puedes decir eso, Marga? –preguntó Balcárcel-. Hablas como si lo supieras de seguro

-No es que lo sepa –dijo Marganesi-. Es una hipótesis.

-¿La basas en qué?

-Pérez Moles era una bestia, capaz de cualquier cosa –se explayó Marganesi: era lo suyo-. Bardasanián y él fueron carne y uña. Hicieron muchos negocios juntos; negocios sucios, por supuesto. De un tiempo a esta parte, no obstante, estaban distanciados, y se decía que su

antigua amistad se había convertido en un franco antagonismo, si no en un abierto enfrentamiento.

Marganesi paseó una mirada desafiante por los cinco rostros que lo circuían.

-Bardasanián –señaló- sabía cosas que hubieran puesto en graves aprietos a Pérez Moles. Eso seguro.

-¿Qué cosas? –preguntó Graciela Ingold, tímidamente.

-Pérez Moles –dijo Marganesi, con una peculiar entonación de rabia, cabía que de odio era el policía más corrupto de la ciudad, lo que ya es decir. Era capaz de cualquier cosa –repi-tió-. De cualquier cosa. Corrompido hasta la médula.

-No es ningún secreto –dijo Graciela Ingold-. Hasta yo lo sabía, que no sé casi nada.

Graciela Ingold llevaba el suplemento de Arte y Literatura de El Manantial, que salía los jueves (entonces era un domingo). Ella misma era poeta, y nada mala, al decir al menos de los especialistas. Nunca le habían interesado, que se supiera, ni los asesinatos ni ninguna otra forma de la violencia y/o la delincuencia ni tampoco las enredadas cuestiones financieras y/o políticas que eran el habitual caldo de cultivo de los chismorreos de los periodistas.

Maragall (por ejemplo) no entendía muy bien qué hacía Graciela allí.

En aquellos momentos, Graciela miraba a Deluc a los ojos y le sonreía.

-¿Subes a la redacción? –le preguntó.

-Subimos todos –dijo Maragall.

-Yo no –dijo Marganesi-. Tengo que ir a Jefatura, a ver si consigo sacarle algo a Corróchano.

-Difícil papeleta, Marga –dijo Balcárcel.

-Lo será para ti –dijo Marganesi, con arrogancia-. No para mí. Conozco a Corróchano de hace una punta de años.

-¿Corróchano es ese detective gordo y grande? –preguntó Graciela Ingold.

-Uno muy sucio –dijo Balcárcel-. El más mugriento.

-Será lo que sea –dijo Marganesi, con acento áspero-, pero es el mejor policía que tenemos.

-El mejor, para colmo –dijo Balcárcel, con una corta mueca de disgusto.

-Éramos pocos y parió la abuela –dijo Nadina Olmedar, sin que al parecer viniera a cuento de nada.

-Nos papamos la penúltima –propuso Maragall-. A esta ronda invito yo.

Al rato se dispersaron.

Balcárcel y Nadina se fueron juntos y Marganesi a solas.

3.

Llovía cuando Deluc salió del Neutral. Lo acompañaban Maragall y Graciela Ingold. Fueron los últimos en irse. Bajo la lluvia, el aire se había vuelto más ligero, más respirable. Maragall había tomado a Graciela por un brazo y le hablaba a media voz.

-¿Vas a empezar a publicar ese artículo mío o no?

-Ya te he dicho que sí. Pero para este jueves no; para el siguiente. Y los dos subsiguientes, es claro.

-Me vienes diciendo lo mismo desde hace un mes, Graciela, tesoro. Si no te interesa dímelo. Lo mando a Trinchera. Allí seguro que me lo publican.

-Eres una especie de jefe mío –se rio Graciela-. ¿Cómo no voy a publicar tu artículo?

-Yo no soy jefe de nadie –se quejó Maragall-. Eso son cuentos. Soy sólo una pequeña pieza de una maquinaria que podría funcionar igual de bien sin mí. ¿O no, Franchute?

-¿Sigues pensando en irte a París?

-A la central de France Presse, en efecto. He hablado un par de veces con Lacruelle, que me apoyará. Me lo ha asegurado. Sabes quién es, ¿no?

-¿El delegado de France Presse aquí?

-Un franchute, como tú.

Maragall movía mucho las manos, con un entusiasmo algo impostado, quizá resultante de la ingesta reciente de alcohol.

-Además –agregó- estoy haciendo méritos, Franchute. Escribí un elogioso artículo en tres partes sobre la moderna novelística francesa, por ejemplo, que Graciela no me quiere publicar. Jouhandeau, Montherlant, Genet, Camus, Giono, esa gente. Inclusive Simon, Butor y Robbe-Grillet. Me los tuve que leer a todos de cabo a rabo, ¿qué te parece?

-Un esfuerzo que a mí me mataría, Maragall. Una tortura, mejor dicho, sobre todo los tres últimos. ¿Cuándo te vas?

-Aún no lo sé. Espero estar instalado en Montmartre dentro de unos meses. Tú, por cierto, eres de allá, ¿no? ¿Naciste en París?

Deluc no contestó. Nunca contestaba a esa clase de preguntas, y Maragall lo sabía. Preguntaba por preguntar; por fastidiar.

4.

Considerado como uno de los tres o cuatro mejores reporteros de Montevideo, es decir de la república, Deluc era un tipo solitario y un sí es no es misterioso, acaso paranoico (o eso por lo menos lo pensaban muchos), del que poco o quizá nada se sabía. Él nada decía.

Deluc no tenía pasado y apenas si tenía un tenue y elusivo presente. Unos decían que había nacido en Francia, otros que en alguna isla francesa del Caribe, otros que en Siam o Malasia, o en Siria, el Líbano o el Camerún; o en el Canadá francés. No se sabía quién había sido su padre, ni su madre, ni si tenía parientes vivos en algún lugar del mundo. Tampoco se sabía si estaba casado o soltero ni si era viudo o divorciado; su vida personal (si la tenía) era un enigma. Nadie conocía su nombre de pila, caso que lo tuviera. Todos lo llamaban Deluc, o Franchute o Francés.

Deluc había caído como del cielo sobre Montevideo, procedente nadie sabía de dónde (aunque hablando un español perfecto, sin matices dialectales discernibles), hacía más o menos una década. Llevaba siete u ocho años en la plantilla de El Manantial.

5.

Una vez en la redacción, en cuanto Maragall se hubo alejado de ellos, Graciela Ingold le dio un tironcito a Deluc de una de las mangas del perramus.

-Tengo que hablar contigo en cuanto puedas, Deluc.

-Estoy a tu disposición, Graciela. ¿De qué se trata?

Deluc era siempre muy amable.

-Es difícil. ¿Subimos?

Una escalera, en mitad de la redacción, conducía a la planta superior, donde había algunas salitas para conversaciones privadas, con sillones y una mesa. Los dos se metieron en una de las salitas, que estaba a oscuras. Deluc encendió la luz del techo. En las paredes había algunos cuadros deslucidos con escenas del campo. Un ventanuco negro sin cortinas mostraba su ojo ciego a la noche.

-Mejor que cierras –dijo Graciela.

Deluc obedeció. Los dos se sentaron.

-Es por mi sobrina –dijo Graciela-. Una hija de mi hermana mayor.

Deluc la miraba callado, con el perramus todavía puesto. Se inclinaba hacia adelante en el sillón y sus brazos descansaban, con las manos entrelazadas, sobre sus rodillas. Graciela revolió en su bolso y sacó un atado de cigarrillos Newport, mentolados.

-Cuando estoy muy nerviosa fumo –dijo-. ¿Quieres?

-Prefiero los míos, Graciela, gracias –contestó Deluc.

Extrajo de un bolsillo un paquete arrugado de Singulares, tabaco negro de labor nacional, y encendió el pitillo de Graciela y el suyo propio con un encendedor de imitación Zippo, que soltó una vaharada al hacer llama.

-Soy todo oídos –dijo.

-Es tan difícil.

Graciela Ingold se mordisqueaba el labio inferior y sus ojos inquietos, y cabía que asustados, viajaban de las paredes a la cara de Deluc y viceversa.

-Además no sé... -continuó diciendo-. Cabe que no sea nada, que no pase nada, que sólo sean imaginaciones de Cristina. Es mi hermana. Su hija, mi sobrina Josefina, es una chica encantadora, Deluc. Mejor dicho lo era. Hace un tiempo se fue de su casa, rompió con su novio, se instaló en un apartamento en Rodó y Javier de Viana. ¿Quién se lo paga, Deluc? No ella, con su sueldito.

-¿Dónde trabaja?

-En Subsistencias. Tiene vacaciones pagadas y un horario más o menos a su capricho, pero cobra una miseria; un sueldito de morondanga, Deluc. Y se ha instalado en ese sitio, en un apartamento amueblado, caro sin duda. ¿Quién se lo paga?

-¿Quieres que lo averigüe?

-Quiero que hagas algo más, Deluc

Graciela insistía en mordisquearse el labio de abajo, al tiempo que tironeaba nerviosa de los dedos de una mano con los de la otra; el cigarrillo humeaba entre el índice y el mayor de su diestra.

-Verás –dijo.

Sólo había pitado del cigarrillo al encenderlo. Después lo había dejado allí, olvidado, entre sus dedos. La ceniza ya larga cayó sobre sus faldas plisadas.

-Es tan difícil –dijo.

-Somos amigos, Graciela.

-Si no lo fuéramos...

Graciela se enderezó, apagó el cigarrillo en el cenicero de cristal que estaba sobre la mesa y tragó aire. Lo dejó salir lentamente. Parecía más decidida. Habló atropelladamente:

-Recibe de mala gana a su madre, cuando va a verla, y jamás va a visitarla ella. Josefina, quiero decir. Es mi sobrina. Se llama Josefina Lalandra. Su padre...

-Sé quién es su padre –dijo Deluc, con una especial dureza-. Me lo imagino, al menos.

-Dejémoslo –dijo Graciela, con cierta precipitación-. Josefina se veía con un muchacho, Deluc –vaciló-. Con un hijo de ese comisario al que mataron.

-Caray –dijo Deluc.

-Eran novios, más o menos, pero rompieron. Josefina rompió. Cristina, mi hermana, cree que el apartamento se lo paga el comisario. Se lo pagaba, quiero decir, hasta hoy.

-¿Cree?

-¿Quién si no, Deluc?

-¿Qué edad tiene tu sobrina?

-Veinte –Graciela vacilaba, parpadeaba y no dejaba de mordisquearse el labio-. Veinte, sí. Veinte.

-¿El padre qué dice?

-¿Tú crees que él pudo matar al comisario, o hacer que lo mataran?

-Lo conocerás tú mejor que yo, Graciela.

-Es un canalla.

-Eso tengo entendido.

-Era el protector de Pérez Moles –dijo en voz tenue Graciela-. Supongo que se repartían entre los dos las ganancias de todos esos chanchullos en los que se asegura que estaba metido ese comisario malnacido.

-¿Qué decía Lalandra de que su hija se haya ido de casa?

-Estaba furioso. Siempre ha sido muy sobreprotector con Josefina, aunque también muy severo. Mi hermana y él están divorciados. Sabrás que él es el secretario técnico del Ministerio del Interior. Lleva no sé cuántos años en ese cargo. Los ministros pasan, Deluc, pero Germán Lalandra permanece.

-¿Estás segura de que era el protector de Pérez Moles?

-Cristina está segura –dijo Graciela-. ¿Cómo puede si no ese policía tener la casa que tiene? Que tenía, quiero decir. Y tenía un par de autos, también, y una segunda casa de verano, y una lancha motora, y no sé cuántas cosas más. Necesitaba de un protector, es natural, y nadie mejor situado que Germán Lalandra. Tengo tanto miedo de que se sepa, Deluc.

-¿Lo de tu cuñado?

-Lo de mi sobrina –dijo Graciela; luego remató, con la voz entrecortada de furia-. Germán, mi cuñado, mi ex cuñado, mejor dicho, por mí que reviente.

-¿Qué quieres de mí concretamente, Graciela?

-Que lo averigües todo.

Graciela Ingold se inclinó sobre la mesa, extendió un brazo y le acarició a Deluc el dorso de una mano con unos dedos nerviosos y fríos, algo temblorosos.

-Y que protejas a Josefina, de lo que sea y de quien sea. Si alguien puede, al menos alguien que yo conozca, ése eres tú, Deluc. ¿Lo harás? De más está decirte que nadie más debe saberlo, eso sí. Sólo tú y yo. ¿Lo harás? –repitió- ¿La protegerás?

-Lo intentaré, Graciela. Por ti –dijo Deluc-. Pero eso sí, Graciela. Lo haré a mi manera.

-No te pido otra cosa, Deluc.
-Hay un par de cosas que necesito saber.
-Todo lo que tú quieras, Deluc.
Hablaron un rato más y se separaron

II) LA DEBILIDAD DE MARGANESI

1.

La sala de redacción estaba en la segunda planta del edificio de El Manantial. En la quinta, compartiéndola con el Departamento de Fotografía y Huecograbado del periódico, estaba la delegación de Worldwide Press, una agencia americana de noticias especializada no en primicias ni en sucesos de la índole que fuera ni en la información escueta habitual que transmitían las agencias, sino en largos reportajes y comentarios de política y economía (aunque también de deportes, con especial inclinación por el boxeo), con la que Deluc en ocasiones colaboraba.

El delegado de la Worldwide era un apátrida de nombre Henrik Dvila, un cincuentón encorvado, con gafas muy graduadas y ojos desvaídos y casi inertes. Se decía que la agencia era una tapadera de la CIA. A Deluc (al parecer) no le importaba. En alguna ocasión había dicho que no se lo creía y que, de serlo, tanto le daba.

‘Pagan en dólares’, había agregado, como si eso bastara.

Henrik Dvila, aquella noche, recibió a Deluc con una sonrisa pálida.

-Siéntate, muchacho –le dijo-. ¿Qué me traes?

En el ascensor, mientras subía del segundo al quinto piso, y una vez en éste, mientras se dirigía a la delegación de Worldwide Press, Deluc entre silbaba, canturreaba y tarareaba:

¿Te acordás, hermano
La rubia Mireya
Que quité en lo ‘e Hansen
Al loco Rivera
Una noche casi

Me matan por ella
Y hoy es una pobre
Mendiga harapienta
¿Te acordás, hermano
Lo linda que era
Que formaban rueda
Pa' verla bailar?
Cuando por la calle
La veo tan vieja
Doy vuelta la cara
Y me pongo a llorar

La delegación de la Worldwide consistía en un cubículo con varias máquinas de télex y teletipo y el despacho de Dvila. Ambos daban a un breve pasillo con la puerta siempre abierta (a menos que no hubiera nadie en la delegación). Dvila al margen, la delegación consistía en un único redactor fijo, un hombre gordo, lento, pesado y calvo, siempre sudoroso y que respiraba con dificultad. Se llamaba Borchén y era argentino. Al entrar, Deluc lo había entrevistado, por la puerta entreabierta del cuarto de teletipos, revisando un largo rollo mecanografiado, que colgaba de sus manos hasta el suelo. Después había llamado al despacho de Dvila y había entrado.

-Vengo a pedirle un favor, Dvila.

-¿Un favor?

A Dvila no pareció gustarle. Sacudió la cabeza, con el aire de un caballo nervioso. Se sacó las gafas y les echó el aliento. Las frotó después contra una de las mangas de su vieja chaqueta y se las volvió a poner en la nariz.

-¿De qué se trata? –preguntó.

-Supongo que sabrá que hoy mataron a un comisario de policía.

-Un hombre al que nadie echará de menos, por lo que tengo entendido.

-Quiero que, si se le pregunta, diga usted que me ha encomendado que siga ese asunto, como reportero, para Worldwide Press.

-¿Nos interesa ese asunto, Deluc?

-No, por supuesto que no. Sólo le pido que me respalde.

Un mechón gris, muy lacio, le caía a Dvila sobre la frente. Sus ojos, claros y sin brillo, miraban fríamente a Deluc por encima del reborde de las gafas. El hombre se acomodó el mechón en la cabeza y se frotó ésta con un ligero temblor. Tenía dedos largos pero más bien fofos, desagradables, con rollitos entre las falanges.

-De acuerdo –dijo-. Lo respaldaré...si me lo preguntan. Por lo demás no abriré la boca.
-No le pido más, Dvila –dijo Deluc-. Lo invito a un trago.

Henrik Dvila era muy bebedor. No era parroquiano del Neutral, que quedaba junto a La Voz del Plata, por Juan de la Cruz, a ciento cincuenta metros de El Manantial, sino de otro café, el Metrópolis, que quedaba más cerca, en la misma esquina de este último periódico. Todas las noches, a partir de alrededor de las diez, antes de irse a su casa, se veía allí a Dvila, en el Metrópolis, como enraizado a una esquina del mostrador y con sucesivos vasitos de amarga con vermouth en una mano.

-No le diré que no, Deluc –dijo Dvila, incorporándose, al tiempo que hablaba, detrás de su mesa escritorio.

A pesar de que hacía todavía bastante calor, Dvila se puso minuciosamente su abrigo (tan viejo como su traje) y se enrolló al cuello una bufanda marrón, de lana. El sombrero (viejí-simo) lo llevaba en la mano. Al pasar frente a la sala de las teletipos golpeó en la puerta con los dedos.

-Me voy a casa, Borchén.

-¿Tan temprano?

-No se olvide de cerrar al salir, Borchén. ¿Ha llegado ya lo de Roma?

-Aún no.

-En cuanto llegue avise a El Matutino.

Borchén no contestó. De pie, reclinado sobre una de las máquinas, resoplaba y sudaba. Tenía la cara roja y expresión enfurruñada. La gente lo consideraba un cuarentón amargado, carente de todo interés.

-¿Cómo van las cosas? –preguntó Deluc.

-Estamos en gestiones con Canal Seis de televisión –dijo Dvila, de camino a los ascensores-. Les interesa contratar nuestros servicios de imagen y sonido, pero ofertan menos de lo que es nuestra tarifa habitual.

-¿Y cuál es su tarifa habitual, Dvila?

-Bastante menos –dijo Dvila, a modo de respuesta-. A ver si un día nos trae una buena historia, Deluc. Hace ya tiempo que no nos trae nada.

-Veré qué se puede hacer –prometió vagamente Deluc.

2.

Un rato más tarde, al volver a la redacción de El Manantial, Deluc se percató de que Lanzarote Bauleo lo llamaba con la mano. Se sacó el perramus, lo colgó del perchero y fue a la mesa de Bauleo.

-¿Sí?

-El perro te busca –lo informó Bauleo.

El perro, con minúscula, era como llamaban en la redacción (a sus espaldas), a Godoy, el redactor responsable del periódico. Bauleo era uno de los dos redactores en jefe, un hombre gordo y de cara alargada y triste, de brazos cortos y gruesos y pantalones bolsudos. Tenía un enorme trasero, que se sacudía mucho cuando él andaba. Ahora, no obstante, Bauleo estaba sentado, con expresión triste y los ojos llorosos. Tenía delante, en una mano, unas hojas pautadas con líneas numeradas escritas a máquina.

-¿Para qué?

-No lo sé. No lo dijo. Quería saber dónde estabas.

El cubil de Godoy, encristalado en tres de sus caras, se cernía en una esquina sobre la sala de redacción, a unos tres metros de altura. Se llegaba hasta él por una breve escalerita de hierro. Deluc la subió y llamó.

De pie, inclinado sobre una larga mesa abarrotada de cosas (papeles amontonados y desparramados, el teléfono, una escuadra, una botella mediada de pastís Pernod, un vaso usado, una botella de agua mineral, un cenicero de metal, una vasija de barro con lápices y lapiceros, la pesada máquina de escribir, un hombrecito de madera articulado, envoltorios de sandwiches arrugados, regueros de migas, un sombrero en una esquina...), Godoy corregía unas galeadas con un grueso lápiz rojo y azul. Tenía su sempiterno toscano clavado en un rincón de la boca, del que salían nubecitas de humo como arrítmicas señales morse.

Godoy era un individuo bajo, flaco, de tez cetrina, nervioso, de pelo gris y cara chupada, parecido a una comadreja.

-¿Dónde estaba usted, Francés?

-¿Por qué?

-¿Qué hay de esa reunión de mañana en el Senado?

-No dará ni para fuegos artificiales, Godoy. Hablé ayer con Badalá, con Millares y con Crespo. Y esta tarde, por teléfono, con Gorostiza y Amudio. No existe ni el menor interés en interpelar a García Baliño. Esta noche, por lo demás, quedé en telefonarle a don Justino Arrascaeta.

-Don Justino –escupió Godoy-. Vaya muestra de respeto. Sabe usted muy bien que para este periódico ese señor no existe. Los bolcheviques son el enemigo, Francés.

-Pueden morder el cordón umbilical que nos une a la embajada americana. Lo tengo presente.

-No bromeé, Francés.

-Ocurre que los bolcheviques, como usted los llama –explicó Deluc, con acento tranquilo, lento y algo burlón-, son los únicos interesados, en este momento, en alborotar el avispero, mi querido Godoy. Es claro que poco pueden hacer con un único senador, pero creo que interesa saber qué dice él. No para citarlo siquiera, si a usted no le parece.

-Citarlo, en fin –Godoy se pasó una pensativa mano amarillenta por la mitad inferior, rasposa, de su cara-. Citarlo no, no. Tampoco conviene. Los bolcheviques no existen en este país, Francés. Y caso que existan nosotros no los vemos. Y si los vemos...

Godoy cerró la boca, mordiendo el toscano.

-No me haga decir cosas de las que luego me arrepienta, Francés –añadió-. Pero háblele, háblele usted a ese sujeto, a ver qué dice. Seguro que mañana se mandará la típica soflama incendiaria en el senado.

-Poco les queda a los bolcheviques que no sean las soflamas incendiarias, Godoy.

-¿Qué dice Millares? Es un legislador blanco, y agresivo, y encabeza el sector más opositor al gobierno colorado.

-Millares se mandará también su soflama, Godoy. Tronará, pero no caerá la lluvia. Los blancos y los colorados, sean del sector que sea, comen de las mismas pasturas desde hace demasiado tiempo, bien que se sabe.

-Hay que hacer creer que comen en pasturas cada vez más distintas, Francés.

-Por supuesto.

-Y éste es un periódico imparcial, independiente –dijo Godoy-, no lo olvide. No somos blancos ni colorados. Ni socialistas, ni fascistas ni comunistas. Somos principistas.

-Principistas, sí. Nadie sabe bien con qué se come eso.

-Tal vez tenga usted razón, Francés.

Socarrón, Godoy casi sonreía; sentía una soterránea debilidad por aquella especie de francés, algo que no podía evitar, ya que en sus años mozos había sido anarquista, y Deluc, a su manera (al menos para Godoy), también lo era. Una enfermedad, pensaba Godoy, que se curaba con el tiempo.

-Igual creo que en este caso –prosiguió Godoy, mordisqueando su toscano- hay que apoyar con inteligencia a la página editorial, ya que sin duda nuestro director se volcará exigiendo la interpelación del ministro. Confío en usted, Francés.

-¿De qué espacio dispongo?

-De ocho a diez hojas pautadas. Ni menos ni más.

-No lo darán en primera página, espero.

-¿Qué?

-Lo que yo escriba de la reunión de mañana en el Senado, sea lo que sea.

-En primera página, si no hay golpe de estado en Argentina, que siempre puede pasar, o si no estalla la tercera guerra mundial, irá el asesinato de ese policía.

-¿Nada más?

-Tal vez el párrafo de entrada de su crónica, Francés. Y algo de internacional, supongo, o de turf o de deportes. ¿Qué más da? Todavía no lo he decidido. ¿Por qué?

-Sólo por curiosidad, Godoy.

-Un párrafo de entrada breve y contundente, Francés. ¿Me ha oído?

Deluc ya se iba. Había bajado tres o cuatro escalones.

-Como usted mande, Godoy.

3.

Esa noche, bastante más tarde, hacia las dos de la madrugada, Marganesi estaba medio derrumbado en su silla giratoria y basculante, detrás de su mesa. Había hablado con el inspector Corróchano dos horas. Antes había tratado de entrevistar a la viuda de Pérez Moles y a sus hijos (que se habían negado a hablar con él), se había recorrido de un lado a otro el barrio de Punta Redonda, donde vivía el comisario asesinado, tratando de hablar con gente que o no sabía nada o sabía muy poco o se negaba a hablar, y después había redactado un largo reportaje sobre el homicidio, así como otros tres breves artículos para acompañarlo. Había discutido de forma larga y tensa con el perro, que nunca parecía estar de acuerdo con nada. Había llamado por teléfono mil veces, a otras tantas personas confundidas y/o mentirosas. Había corregido, por lo demás, una aséptica, aunque embarullada biografía del comisario asesinado, que había escrito el incompetente de Burrull, que era su único colaborador fijo. Y había leído, releído y corregido, también, sucesivas pruebas de imprenta. Por otra parte, había seleccionado las fotos que acompañarían a los textos y hacía cinco minutos que había vuelto del taller, con aquel ruido espantoso que había allí siempre, donde había ayudado a compaginar la información, como hacía cada noche. Estaba rendido, le ardían los ojos y la garganta (no fuera cosa que encima cayera enfermo) y pensaba en largarse, sin esperar (por una vez) a corregir las últimas galeras. Un toquecito en un hombro lo sobresaltó.

Era Deluc.

-¿Bajamos al Neutral, Marga?

-Pensaba irme a casa.

-No creo que el Neutral te quede mucho más lejos.

-Invitas tú.

-Por supuesto.

Camino del Neutral, asiendo a Marganesi por un codo, Deluc canturreaba entre dientes:

Si estos pastos conversaran
Estas pampas le dirían
Con qué fuerza la quería
Con qué pasión la adoré
Cuántas noches de rodillas
Silencioso yo me hincaba
Bajo el árbol deshojado
Donde un día la besé
Y hoy al verla envilecida
A otros brazos entregada...

-Nunca te ganarías la vida como cantor de tangos, Franchute.

-Tal vez no –reconoció Deluc-, pero canto bastante bien, según se me ha dicho, para ser un simple aficionado.

-A los que te dijeron eso seguro que les dabas lástima. Te gusta cantar por la calle, ¿verdad?

-Y en la ducha, y en el cine.

-¿En el cine? Tú estás loco.

-En el cine canto muy bajito, Marga.

4.

Ya sentados los dos a una mesa, en el Neutral, con sus respectivas bebidas (un whisky con hielo y soda para Marganesi y grappa con campari para él), Deluc preguntó:

-¿Qué te ha dicho Corróchano, Marga?

-Lo puedes leer dentro de un rato, Franchute, cuando salga la edición para el interior del país.

-No me interesa lo que se publique –dijo Deluc-. Me interesa sobre todo lo que no se va a publicar.

-¿Quieres comerme mi terreno, Franchute? ¿Qué demonios te pasa?

-Sabes que colaboro con Worldwide Press.

-En efecto, con la CIA. Y después vas y te las das de rojo y revolucionario.

-Yo no me las doy de nada, Marga. ¿Qué te dijo Corróchano?

-Lo que me haya dicho o dejado de decir es cosa mía.

-Podemos trabajar juntos en esto, Marga. Tú para el periódico y yo para la Worldwide.

Dvila me ha pedido que bucee en el asunto.

-¿Por qué? Los crímenes no les interesan.

-Puede haber un trasfondo político, Marga. Puede que no hayan sido los armenios, sino los Muchachos –Deluc lo enfatizó con mayúscula-. ¿No lo has pensado?

-Pérez Moles nada tenía que ver con ellos. Del terrorismo se encarga Inteligencia y Enlace, el comisario Fillol. Hasta tú deberías saberlo.

-Lo sé, Marga, lo sé. Ocurre que Pérez Moles era un policía notoriamente corrupto, y tú sabes que a los Muchachos los afecta una especie de astigmatismo moral hipermetrope, que les hace ver las cosas bajo un prisma especial, deformante, que contiene una elevada dosis de moralina barata, si juntar estas dos palabras no es una redundancia. ¿Por qué si no le volaron la casa al doctor Trueba? ¿Por qué si no le dieron aquella paliza bestial a Gross y a Medinabeitia? ¿Por qué si no ejecutaron, que es el término que ellos siempre emplean, a Ítalo Susmendi y al coronel Rato, para no hablar de Mitrione, ese verdadero agente de la CIA? ¿Por qué si no pusieron una bomba en los dorados predios del Club de Golf? Moralina pura, Marga. Pérez Moles, en ese sentido, podía muy bien ser un buen objetivo para los Muchachos. ¿No te parece?

Deluc terminó de hablar entre sonrisas; probablemente no se creía ni una palabra de lo que había dicho.

-Hasta ahora los Muchachos no han atentado contra ningún policía, Franchute. Han muerto algunos policías, sí, pero no en atentados. Y además, cuando matan a alguien, los Muchachos siempre lo publicitan.

-Siempre tiene que haber un primero, Marga.

-Si lo hicieran, si de verdad atentaran contra policías, tratarían de liquidar a Fillol, a Hermida, a Bastos, a Vasconcellos, a la gente de Inteligencia y Enlace. O al juez Mujica, en todo caso, o al fiscal Vargas Muñante.

-La Worldwide paga en dólares, Marga –dijo Deluc con voz lenta, seductora, convincente, también algo procaz-. Y paga bien. Si consigo colar un reportaje nos repartimos el diviendo.

-Estás muy interesado, Franchute.

-¿De acuerdo?

-Me lo pensaré. Págame otro.

Marganesi sacudió su vaso, en el que quedaba un residuo de hielo y un poco de líquido aguachento.

-Con que la suerte nos acompañe un poco –insinuó Deluc-, son por lo bajo unos trescientos dólares para ti.

-Conste que no me creo ni una palabra de lo que has dicho, Franchute –dijo Marganesi; el cansancio podía en él más que la desconfianza e incluso que la rabia-. No trates de pisarme el terreno, porque te costaría caro.

-La página negra de El Manantial es toda tuya, Marga, y en lo que a mí respecta lo será siempre. Vamos, ábreme el cuore.

Con su segundo whisky, que empezó a paladear lentamente antes de casi vaciarlo con un largo sorbo ávido, Marganesi habló, si bien (al menos al principio) casi a regañadientes.

-Corróchano descarta a los turcos –dijo, con una especie de rencor-. A tus armenios. Dice que no es su estilo, que los conoce bien, que no fueron ellos.

-¿Sospecha de alguien?

-Por un lado está la familia. Pérez Moles era una especie de tirano doméstico, al parecer.

Marganesi se calló por un par de minutos. Robó un Singulares del paquete que Deluc había dejado sobre la mesa y lo encendió con el falso Zippo de Deluc. Siempre que podía, el encargado de la página negra de El Manantial fumaba gratis: le daba igual que fueran rubios o negros, emboquillados o no, de labor nacional o importados, siempre que no tuviera que pagar por ellos. Marganesi era codicioso, ahorrador, avaro, agarrado, machete, amarrete y tacaño; se hacía pagar siempre lo que bebía, jamás convidaba de beber a nadie, llevaba un año entero seguido el mismo lustroso traje (se compraba uno al año con lo que ahorraba en pitillos y en bebida) y su callada mujer y sus desgraciados hijos (lo decían los que más lo conocían, entre los que no figuraba Deluc) tenían una perpetua cara de hambrientos y andaban siempre con ropas de segunda o de tercera mano.

-Por otro lado –prosiguió Marganesi-, según la viuda y los hijos de Pérez Moles, muy temprano sonó un timbre. Antes de las siete, probablemente. En cuanto a eso, coincidieron todos ellos. Seguramente atendió el comisario, que al parecer ya se había levantado. Era un hombre muy madrugador, según su familia, y cada mañana tempranito sacaba a pasear al perro.

“Su hija salió a las siete y media para su trabajo y lo encontró allí, caído boca arriba en el jardín. Llamó de inmediato a la policía. Corróchano se personó en el lugar hacia las diez, con el sargento Verraszto. El forense, los técnicos, el fotógrafo y demás ya llevaban allí un rato. El doctor Carámbula, el médico forense, no sé si lo conoces, dijo que el comisario había muerto entre seis y media y siete, ni más temprano ni más tarde. Carámbula llegó lo bastante a tiempo como para poder fijar la hora de la muerte con mucha aproximación, cosa rara en estos casos.

“También estaba en la casa el médico de la familia, que no se apartó de la viuda mientras Corróchano la interrogaba. La mujer fue muy inconcreta. Una llamada al timbre la había despertado, pero ella en seguida se había vuelto a dormir. El comisario y ella tenían dormitorios separados. La mujer estaba sedada, drogada o borracha, en opinión de Corróchano. Los hijos fueron más útiles, aunque no demasiado.

-¿Cuántos son?

-Dos, un muchacho y una chica. El mayor es él. Se llama Juan Andrés y tiene veintiséis años. Trabaja en las oficinas de Automotores y Talleres Spadavecchia. Afirmó que todos dormían, salvo acaso su padre, que más o menos a esa hora solía sacar al perro, cuando aquellos timbrazos lo despertaron. La muchacha, por su parte, tiene veintidós años, se llama María Cecilia y trabaja en no sé qué departamento o qué del Ministerio de Obras Públicas. Estudia también, ingeniería de puentes y caminos. Está en el tercer curso de la facultad, donde al parecer ya se empiezan a especializar.

-Ella fue la que encontró el cadáver.

-Así es. Ya te lo he dicho. Sale muy temprano para su trabajo. Parece ser una de esas raras personas que no consideran que un empleo público no sea otra cosa que una canonjía, al que acudir para rascarse, pintarse los labios, parlotear, leer revistas y mirarse al espejo. Las hay.

-Eso parece. Gente seria. ¿También trabaja en domingo?

-No había caído...

A Marganesi se le agrandaron circunstancialmente los ojos, atravesados por finas rayitas amarillentas y rojizas. Acto seguido bostezó.

Deluc continuó:

-Me has dicho que Corróchano sospecha de la familia.

-No descarta que haya sido un trabajo interior. Sin embargo sus principales sospechas se encaminan, me parece, aunque él ha sido bastante difuso en ese sentido, hacia la persona o personas que llamaron al timbre. Es muy probable que Pérez Moles las estuviera esperando. Personas de su confianza, es de suponer.

-¿Quiénes?

-Ni idea, Franchute. Si Corróchano sabe algo, a mí no me soltó prenda. Me habló, eso sí, de Muley. ¿Sabes quién es?

-Un maleante, ¿no?

-Un socio muy menor de Bardasanián, de los turcos. Hace unos días, Pérez Moles estuvo un buen rato con Muley, en el Bar del Faro, cerca de su casa. Los reconocieron e identificaron. Al parecer se veían con cierta frecuencia. No se escondían, ¿eh? Es claro que Pérez Moles no podía saber que muy pronto lo iban a matar.

Marganesi sacudió su vaso.

-¿Tomamos otra?

-¿Por qué no?

-A Muley no lo han podido encontrar, todavía.

-¿Se oculta?

-Ni idea, Franchute. Ha pasado muy poco tiempo.

Llamado por Deluc, se acercó el mesero. Era un hombre joven, rubión, de ojos saltones, bastante encorvado y siempre sonriente. Era relativamente nuevo todavía en el local. Deluc no recordaba cómo se llamaba, caso que lo supiera.

-Tráenos otra vuelta –pidió.

-Grappa con campari y Ballantine's con hielo y agua –recitó el mesero-. Torno súbito.

-¿Sabías –dijo Marganesi- que el doctor Lalandra era muy compinche de Pérez Moles?

Se conocían de toda la vida, como quien dice. Lalandra es el padrino de Juan Andrés, el hijo mayor del comisario. Se presentó en la casa, cuando Corróchano aún seguía allí. ¿Conoces a Lalandra? ¿Al doctor Germán Lalandra?

-De vista.

-Es uno de los tipos más arrogantes y prepotentes que te puedas echar a la cara.

-Es el secretario técnico del Ministerio del Interior, según tengo entendido.

-Es bastante más que eso, Franchute. Mucho más. Es el que manda en el ministerio; es el que hace y deshace. También en la policía. Lleva veinte años en su cargo, por lo menos. Y no es trigo limpio, que digamos. Nunca lo ha sido.

-Eso he oído.

-Pues el doctor Lalandra entró con sus grandes aires en la casa, y punto menos que echó de allí a Corróchano. Le dijo que dejara en paz a la familia, que no eran momentos, y que bla bla y bla bla. Corróchano, que de hecho está subordinado a Lalandra, no tuvo más remedio que ahuecar. Estaba furioso. De Pérez Moles se negó a opinar, pero a Lalandra lo odia.

-¿Te lo dijo?

-No me lo tenía que decir. Se le notaba.

-¿Lo odia o sólo lo detesta?

-¿Qué diferencia hay?

-Detestar a alguien es fácil; es cosa de rodos los días. Odiar, en cambio...

-Odiar es propio de Corróchano. ¿Lo conoces?

-Por desgracia...

-Odio, Franchute.

Marganesi se calló por un momento y masticó aire entre dos tragos a su whisky.

-He escuchado... –dijo-. Y con esto ojo, Franchute...

-¿Qué has escuchado?

-Que de no ser por el manto protector de Lalandra, a Pérez Moles hace mucho que lo hubieran expedientado y acaso expulsado del Cuerpo. Lalandra y él no sólo son amigos desde hace mucho tiempo; también son medio parientes, según me han informado. No obstante, parece ser que hace poco, por no sé qué, los dos tuvieron una discusión brutal en el ministerio, a los gritos, en el despacho de Lalandra. Pérez Moles, por lo que dicen, se fue furioso. No hace de esto ni quince días. A Corróchano, me imagino, nada le gustaría más que poder colgarle el muerto a Lalandra, pero no sé. Es difícil imaginarse a un señorón como él apretando el gatillo.

-¿Y el tiro?

-¿Qué tiro?

-A Pérez Moles lo mataron con una veintidós, ¿no?

-En efecto.

-¿Y nadie oyó el tiro?

-Nadie, al parecer.

-Raro, ¿no?

-Una veintidós apenas si hace pof, Franchute. En un lugar cerrado suena fuerte, pero en la calle...

-Pero a esa hora, antes de las siete, debía reinar el silencio más absoluto, Marga.

-No, no. Se oyó una moto. En eso coincidieron varios vecinos.

-La moto se oyó y el disparo no.

-Puede que el ruido de la moto haya tapado el del disparo.

-¿Cómo saben que fue una veintidós?

-Estaba allí la pistola, a un metro del cadáver, Franchute. La pistola y el casquillo del disparo. Es una pistolita de mujer, según Corróchano. Poco más que una matagatos. Es una Astra, de fabricación española. Un arma muy imprecisa, de muy poco fiar. A un par de metros ya no sirve para nada que no sea impresionar. Y sólo a los muy impresionables.

Tras unos momentos, que insumió en paladear su whisky, Marganesi agregó:

-Es claro que a Pérez Moles le dispararon a no más de treinta centímetros de distancia.

-En la nuca.

-En la nuca.

-Por la espalda.

-Está claro.

-¿Estaba de cara a la calle o de cara a su casa cuando le dispararon?

-Cuando recibe un balazo de una veintidós en el cerebro, un hombre patalea y se sacude, Franchute. Inclusive cabe que dé algunos pasos a ciegas. El comisario cayó sobre unos macizos de flores y estaba de cara al cielo y con los ojos muy abiertos cuando murió. Suelen caer

boca abajo, en estos casos, pero él cayó boca arriba; cayó despatarrado, con las piernas separadas. Difícil de precisar en qué dirección miraba cuando le dispararon.

-Vaya contrariedad.

-Lo mismo opina Corróchano. Si Pérez Moles miraba a la calle, lo mató alguien de la casa. Si miraba a la casa, lo mató la visita. Aunque es claro, tampoco tiene por qué ser necesariamente así.

-Supongo que no.

-En cuanto al arma...

-¿Qué?

-Tenía el número de serie borrado, Franchute, tanto en el cañón como en la culata. No simplemente limado, sino borrado con ácido, lo que apunta hacia los bajos fondos.

-Las armas, tengo entendido, llevan también un número especial de referencia.

-Es una normativa que existe, que yo sepa, sólo en este país. Las armas de la policía todas llevan ese número, que se llama registro, no de referencia.

-Lo siento. El experto eres tú, Marga. Yo no.

-El número de registro se graba en el interior del cañón, pero no en las armas pequeñas, como esa veintidós. Sólo lo llevan las armas de gran calibre, como las treinta y ocho y las cuarenta y cinco. Y no siempre, ni mucho menos. En las de la policía hay un convenio con la firma americana de Smith y Wesson, que graba los números en origen. Ocurre, empero, que llegan al país muchísimas armas sin número de registro, y a la gran mayoría no se le graba nada.

-¿Por qué no? Si la ley lo exige...

-Es un proceso difícil y caro, que nadie sabe por qué diablos se considera obligatorio en este maldito país. En cuanto a esa Astra, no se sabe de dónde procede. Es imposible saberlo.

-Otra contrariedad.

-Tú lo has dicho, Franchute. Págame la penúltima.

Deluc se la pagó. Bebieron callados, pensativo Deluc y Marganesi bostezando. Deluc no tenía más nada que preguntar y Marganesi no tenía más nada que decir.

5.

Poco después Marganesi se marchó. Deluc lo acompañó hasta su coche, un castigado Renault de dos puertas, que estaba estacionado a un par de manzanas.

-¿Podrás conducir en el estado en que estás, Marga?

-Estoy bien, Franchute, estoy bien. Gracias de todos modos por preocuparte.

-Somos socios, no se te olvide.

-Fifty fifty con los dólares, Franchute. No me olvido. Tampoco es que me lo crea, pero en fin. Quiero creer, eso sí, que no me vas a traicionar.

-Sería incapaz, Marga.

Ya dentro de su vehículo Marganesi se rió con una risa sarcástica, más bien desagradable.

-Abur, Franchute.

El automóvil tosió, se sacudió y se alejó.

Deluc volvió a pie a su apartamento en el Palacio Lecumberri. Hubo gente a su paso que lo escuchó cantar, a media voz (no cantaba nada mal):

La más bonita del barrio
Se fue para el almacén
Sintiendo que a su costado
Un mozo le hacía el tren
Palpitó el apuntamento
Y sus pasos apuró
Quiso correr pero el mozo
Entró a tallar...y copó

III) LA SUCIEDAD DE CORRÓCHANO

Deluc y Corróchano se habían conocido cinco o seis años antes, a raíz del secuestro (y la posterior puesta en libertad) de la doctora (abogada) Clotilde García Larravide.

Los García Larravide eran una de las familias señeras no sólo de Montevideo, sino de todo el Río de la Plata. Procedían, al parecer, del matrimonio entre el virrey de Buenos Aires Manuel Enrique García Canstatt y Leonor Rodríguez de Larravide, padres de varios hijos e hijas entre 1780 y 1800.

De la rama argentina (la principal) de la familia, el más conocido (no el más importante) era el escritor Antonio Larravide, muerto hacia 1920 y autor de varias novelas muy divulga-

das en su tiempo, aunque hoy día nadie las leyera. Era el culpable de **Pampas de mármol**, **Un gaucho en Florencia**, **Entre los espejos**, **Gritos de amor y de muerte** y **...Campos de plumas**, así como de un largo ensayo sociológico sobre las vicisitudes del devenir sudamericano, muy leído y comentado en su momento (incluso por Unamuno), titulado **Razas malditas**.

Además del escritor hubo (y había), en Buenos Aires, dentro de la familia, abogados, políticos, diplomáticos y algún general de caballería. El más importante, no obstante, el más influyente sin duda, había sido el financiero y economista Joaquín Ignacio García Larravide, promotor (para muchos) del golpe de estado del general Uriburu que había apartado del gobierno a los radicales de Hipólito Irigoyen en 1930. La influencia de aquel financiero patricio, cuarto de siglo después de su muerte (acaecida en 1947), aún se dejaba sentir en la Argentina, tanto entre los partidarios de la línea política dura como entre los economistas ultraliberales.

Entre los uruguayos, rama secundaria de la bonaerense, los miembros con vida más destacados de la familia eran el ex senador y ex ministro Aureliano García Larravide, su hijo el economista del mismo nombre y el actor Enrique Larravide, llamado Pacho, que era primo carnal de la abogada secuestrada.

Aureliano García Larravide (padre) era uno de los tres codirectores del gran matutino blanco La Verdad. Los otros dos codirectores eran el senador Valentín Gurméndez, ex presidente del Consejo de Gobierno, y Gregorio Lanuz, hijos los dos de otros tantos cofundadores del matutino; el tercer cofundador era el ya citado, y hoy valetudinario, Aureliano García Larravide, que ya pasaba de los ochenta. Su hijo y homónimo (se aseguraba) era el que mandaba dentro del periódico.

2.

Lo importante, sin embargo, en aquel secuestro, no eran los García Larravide sino los Giacovinazzo, a quienes les sobraba lo que a los García Larravide últimamente les faltaba: dinero. La abogada secuestrada estaba casada con Marcelino Giacovinazzo Astrada, el administrador y jerifalte de Editoras Reunidas del Plata, hijo a su vez de don Marcello Giacovinazzo, un piemontés que había sido presidente de la Banca del Lavoro fundada por Mussolini en 1923.

Don Marcello había roto con el régimen fascista italiano en 1927 y se había refugiado en Francia y después en Inglaterra, al parecer con un gran cargamento (expoliado) de divisas fuertes. En 1931 había aparecido en Montevideo, y algunos años después, ya casado y padre de Marcelino y de dos hijas, había montado una pequeña agencia de noticias económicas (eran los años subsiguientes al gran crack de Wall Street), bajo el patrocinio (según se decía) de Sir Eu-

gene Millington Drake, un descendiente directo del famoso pirata del mismo apellido, que era el embajador británico frente al gobierno uruguayo.

Casado (como se ha dicho) en 1932 con Isidora Astrada Carvajal, una joven de buena familia empobrecida, lo que le había abierto algunas puertas, don Marcello empezó a figurar, hacia 1936 (con el repetido apoyo de Millington Drake), como administrador y gerente del periódico vespertino La Tarde, y poco después también de El Matutino, ambos propiedad de Editoras Reunidas.

Los dos periódicos emprendieron una gran campaña (a partir del encumbramiento de don Marcello) a favor de Inglaterra (y posteriormente de los Estados Unidos de América) en la Segunda Guerra Mundial, exigiendo que Uruguay (como ya había hecho el resto de América Latina a excepción de la intransigente Argentina pronazi y preperonista del general Edelmiro Farrel, que también en su momento se plegaría y olvidaría sus simpatías ultranacionalistas para sumarse a la gran coalición democrática) se uniera de forma comprometida y abierta (es decir mediante la declaración de guerra) a favor de los Aliados.

Y así ocurrió.

El 13 de abril de 1945, en fin, bajo la insistente y creciente presión de los gobiernos americano e inglés (y de sus voceros oficiosos, El Matutino y La Tarde), el doctor Amézaga, presidente de la llamada República Oriental del Uruguay, le declaró la guerra, en acto solemne, al Tercer Reich, que entonces consistía en cascotes humeantes, algunos batallones de soldados viejos y adolescentes y en el siniestro búnker de la Cancillería de Berlín (amén de los campos de concentración y de exterminio). En el momento de la firma de la declaración de guerra, entre edecanes y ministros, estaban presentes el embajador inglés ya citado, Sir Eugene Millington Drake, y su homólogo estadounidense, Arthur L. Hoyt. Después de firmar, sentado tras una robusta mesa, el presidente Amézaga comentó, sotto voce pero con claridad suficiente para que lo escucharan todos:

-El Führer se echará a temblar.

3.

La Tarde no era más que un tabloide amarillista de amplia tirada, pero El Matutino era (ya entonces) un periódico serio (acaso demasiado) y de gran prestigio. Lo había fundado en 1916 el doctor (abogado) Luis Alberto Mentausti Vaz, para defender posturas contrarias al sis-

tema colegiado de gobierno que entonces propugnaba el ya ex presidente (por dos veces) de la república, don José Batlle y Ordóñez.

Antes de la ruptura, Mentausti había sido el principal colaborador de Batlle y Ordóñez, como senador primero y como ministro de Relaciones Extranjeras y de Gobernación después. Se habían separado y distanciado en razón de las ideas colegialistas de Batlle (con las que se pretendía involucrar en el gobierno al perpetuo partido opositor blanco), que Mentausti consideraba disolventes y peligrosas para el partido gobernante, que lo era el partido colorado desde hacía medio siglo.

De un inicial anticolegialismo de corte en un principio, no obstante, progresista (semejante a las ideas que propugnaba Batlle), El Matutino había pasado a defender posturas cada vez más cerradas, intransigentes, antiliberales y reaccionarias. Por lo demás, ya al final de la Guerra Mundial no era un secreto (no al menos para los bien informados) que el verdadero soporte económico de Editoras Reunidas era Giacovinazzo, que había desplazado a los Mentausti (concretamente a los dos hijos varones de Luis Alberto, ya fallecido) a la condición de mascarones de proa, fantoches, hombres de paja o tapadera. Seguían siendo los directores de los dos periódicos de la empresa, pero nada más.

Ésta, por otra parte, se había ramificado y extendido. Era la propietaria no sólo de los dos periódicos antes citados sino de multitud de revistas (entre ellas las muy vendidas Montevideo Galante, Uruguay al Día y Mundo del Turf), así como de una gran industrial papelera, de una firma de distribución en kioscos y calles y (se decía) de los árboles y bosques de los que procedía el papel, en Suecia y Canadá. El dinero, bien se sabía (o al menos se sospechaba), tenía su origen en fondos negros nacidos en Italia con el fascismo; unos fondos que estaban al servicio, entonces, de los intereses británicos y estadounidenses en el Río de la Plata.

Don Marcello se había retirado en 1965 (y había muerto poco después), y lo había reemplazado su hijo Marcelino, que entonces tenía 32 años. Tres o cuatro años antes, más o menos, Marcelino se había casado con la entonces flamante abogada, de 24 años en la fecha de su boda, Cecilia García Larravide Armas Belmonte.

Los García Larravide, por otro lado, pertenecían (con los Ansarte, los Garderes y los Humphrey, entre otros, así como con los ya citados Gurméndez y Lanuz) a la flor y nata del Partido Blanco, mientras que los Mentausti, como los Batlle y también, por lo que se sabía, los Giacovinazzo (padre e hijo), militaban en las filas menos elitistas del Partido Colorado. Los blancos y los colorados, valga señalarlo, dominaban la política de la república desde el nacimiento mismo de ésta.

4.

El aparente sesgo político del secuestro de la doctora Clotilde García Larravide era lo que había movido a Deluc a interesarse por el mismo. Fue Deluc quien se enteró (por diferentes recovecos y vericuetos que jamás explicó a nadie), antes inclusive de que soltaran a la secuestrada, que el secuestro no obedecía a los esfuerzos de delincuentes comunes ni tampoco a la improbable venganza de algún fascista italiano irredento, que eran las dos opciones que se habían principalmente manejado.

Muy por el contrario.

El secuestro lo había llevado a cabo una extraña organización presuntamente marxista, nacida en el seno de un sindicato de cañeros (cortadores a destajo de caña de azúcar) del norte del país. El líder, al parecer, tanto del sindicato como de la organización derivada de éste, era un misterioso abogado y economista llamado Raúl Sendic, del que poco se sabía al margen de su filiación y que, según todo indicaba, había pasado a vivir en la clandestinidad.

Aquella información, sustentada por lo demás en testimonios febles, aunque verificables, nunca se publicó ni divulgó, ya que no había verdadera razón para ello.

El secuestro de Clotilde García Larravide, de esta forma, fue el nacimiento, de hecho (al menos el pecuniario, ya que los secuestradores habían percibido dos millones de pesos oro –unos cuatrocientos mil dólares de entonces- a cambio de devolver con vida a la abogada), de la después muy comentada Organización Revolucionaria Popular (la Orga), llamada también los Muchachos, los tupamaros o el Movimiento de Liberación Nacional (MLN). En El Matutino y en La Tarde la llamaban el Soviet de las Cloacas, por la extraña afición de los Muchachos a moverse, siempre que ello les fuera posible, por la extensa red cloacal de la ciudad.

Corróchano y Deluc se conocieron y se trataron entonces. Corróchano era uno de los encargados de aclarar aquel secuestro que, contra la norma habitual en ese tipo de casos, se había publicitado en la prensa, al parecer por exigencias de los secuestradores.

-No se meta en esto, periodista –había amenazado Corróchano, más de una vez-. A ver si entiende de una buena vez cómo son las jodidas cosas. Hay que dejar actuar con libertad a la policía.

-La libertad y la policía no deberían ir juntas jamás en una misma frase, inspector.

-Váyase a la mierda, periodista.

5.

Con estos antecedentes en su contra, Deluc subió los gastados escalones de la Jefatura de Policía la tarde del lunes 29 de marzo de 1971. El día antes habían matado a Pérez Moles. Por la mañana del 29 Deluc había llamado a Corróchano a Jefatura y había concertado una cita con él.

Deluc tarareaba, al encaminarse a Jefatura:

Alzan las cintas, parten los tungos
Como saetas al viento veloz
Detrás va el Pulpo, alta la testa
La mano experta y el ojo avizor
Siguen corriendo, doblan el codo
Ya Él se acomoda, ya entra en acción
Es el Maestro el que se arrima
Y explota un grito ensordecedor
¡Leguisamo solo...!

-No sé qué quiere usted, periodista –había bramado el inspector en el teléfono, cuando Deluc lo llamó-. He hablado con Marganesi y le he dicho todo lo que se puede decir. Jodidos periodistas.

-Yo no tengo nada que ver con Marganesi, inspector. Le hablo en nombre de la Worldwide Press.

-La CIA. Sé lo que es.

-La CIA, la KGB, el FBI. Póngale usted las siglas que prefiera. ¿A qué hora nos vemos?

-Venga esta tarde a las siete.

-¿No puede ser un poco más temprano? A las ocho se reúne el Senado, y tengo que estar allí.

-A las siete, periodista. Si no puede venir mejor.

Corróchano había colgado sin despedirse.

En el café desde el que Deluc había telefonado (el Gran Café del Jockey, en la Ciudad Vieja), Gardel cantaba por la radio:

Dicen que fue
La piba de arrabal
La flor del barrio aquél
Que amaba un payador
Sólo para ella nació el amor

Al pie de su ventanal
Pero otro amor
Por aquella mujer
Nació en el corazón
Del taura más mentáu...
Y un farol
En duelo criollo vio
Bajo su débil luz
Morir los dos...

6.

Deluc, pues (que probablemente había dormido poco, caso de haberlo hecho), se enfrentaba al inspector Corróchano en un pequeño despacho del cuarto piso de la Jefatura, anexo a la gran Sala de Vistas y Denuncias de la Brigada de Homicidios, donde perdían el tiempo unos pocos detectives.

-Mucha gente cree que no sólo Pérez Moles, sino que todos los policías son corruptos, inspector –provocó Deluc-. Sobornables, por lo menos.

-Si el jodido dueño de un café me convida con una copa y yo la acepto –contestó Corróchano, con su áspero malhumor habitual-, y si eso es soborno, pues de acuerdo, periodista, soy un jodido policía sobornable yo también.

Corróchano estaba sentado detrás de una mesa escritorio llena de papeles desparramados y carpetas, algunas abiertas. Había dos ominosos teléfonos negros en una esquina y un cenicero lleno de colillas de chala despachurradas. Corróchano tenía un pitillo de chala en una mano y la movía. El espeso humo amarillo de la chala, rellena sin duda con el abominable tabaco para chalas marca Job, que era el único existente en el país, se expandía (aquel humo denso y amarillo, dulzón, casi pegajoso) en espirales rotas por la pequeña, abarrotada, maloliente y encerrada habitación.

-No fastidie, inspector –le contestó Deluc-. Usted no me cae bien, como no le caigo bien yo a usted. Pero de algo estoy seguro. En cuanto al dinero o a cualquier otra forma del soborno o del chantaje, usted es honrado. De los no sé cuántos comisarios, sub comisarios, inspectores y sub inspectores que hay en este edificio sólo de usted me fío, en ese sentido.

-Si eso es un jodido elogio, que no sé si lo es, se lo agradezco, periodista. ¿A qué ha venido?

-A cumplir con mi trabajo, inspector.

Corróchano era un policía deliberadamente desagradable.

Era alto, fornido y grueso, de cara grande y mal afeitada, con una nariz bulbosa de borracho y los ojitos, turbios y húmedos, hundidos entre masas de grasa. La tez tenía los poros amplios y abiertos. Corróchano no se bañaba a menudo y se afeitaba cuando se le ocurría. Aquella tarde tenía una barba de varios días, desapareja, de la que sólo se había afeitado el bigote, y olía a sudor rancio y a ropa sucia. Corróchano se vestía mal, con prendas amorfas e incoloras que parecían a punto de caerse a pedazos, y llevaba una corbata floja, retorcida y grasienta. Los puños en hilachas de la camisa le asomaban por debajo de las mangas sucias y desflecadas del traje. En el pecho tenía lamparones de huevo y grasa. Cabía (decían algunos) que no se bañara nunca. Sus apestosos cigarrillos de hojas de chala ocultaban, acaso, un olor todavía más repugnante que el que se respiraba allí adentro.

Corróchano era sucio, en efecto; el más mugriento.

-Ya he hablado largo y tendido con Marganesi –repitió Corróchano, con voz áspera y colérica-, y le he dicho todo lo que puedo decir, que no es demasiado.

-Yo vengo por la Worldwide Press, inspector, y el reportaje, si se hace, se publicará, si se publica, cuando el caso esté cerrado y el culpable detenido, o por lo menos identificado. Y se publicará en el extranjero.

-De modo, es lo que usted pretende decirme, que a usted le puedo dar informes que a un jodido periodista de ámbito nacional, que los publicaría mañana, no podría dárselos.

-Algo así –cabeceó Deluc-. Yo también soy honrado a mi manera, inspector, y usted, que lo sabe todo de todos, debería saber eso de mí, por lo menos.

-No diría que lo sé; digamos que lo presumo.

El pequeño despacho se quedó silente mientras Corróchano, que había despachurrado su chala ya medio deshecha en el cenicero que estaba encima del escritorio, procedía acto seguido a liar otra chala, proceso que requería de toda su atención, porque había que extraer la hoja, amarillenta y acanalada, del librillo de chalas; había que abrir la bolsa de picadura y repartir la picadura cuidadosamente a lo largo de la chala doblada al medio y sujeta entre los dedos índice y pulgar de la mano izquierda; había que comprobar que la picadura quedara bien repartida dentro de la hoja de chala, para lo que eran necesarios los dedos de la mano derecha; y había también que sacudir con el mayor de los cuidados la chala rellena (después de hacerle una pequeña torsión por ambos extremos), y por último cerrarla con la lengua, final laborioso del largo proceso.

Deluc observaba con una especie de fascinación. Él era incapaz de armar una chala no ya con una mano o con las dos; no hubiera sabido hacerlo ni con cien.

-Bien, bien, bien, periodista –dijo Corróchano, al tiempo que encendía su chala con un fósforo de madera que había hecho llamear con una uña-. ¿Qué quiere usted saber?

Deluc ahora observaba alrededor.

La ventana, a espaldas de Corróchano, alejada de éste un par de metros, estaba cerrada; tenía cerrados los postigos; y por fuera, aunque de adentro no se veía, había una prieta malla de alambres cruzados. El denso aire del interior del pequeño habitáculo, ya amarillo, se hacía por momentos más y más irrespirable.

Corróchano tosió.

-Páseme datos –dijo Deluc.

Corróchano ya había encendido su chala y la chupeteaba, la mordisqueaba y lambeteaba, al tiempo que la hacía viajar de una comisura a otra de sus gruesos labios, de los que se escurría algún hilo oscuro de saliva.

-Datos –dijo Corróchano-. Pues bien. El interfecto yacía decúbito supino en su jardín –hablaba ahora con acento oficial, cansado y aburrido, no exento de ironía-. Estaba tirado, a medias sobre un senderito de lajas que divide el jardín, y a medias sobre unos macizos de flores. Los muertos por un disparo en la cabeza suelen caer decúbito prono, pero en este caso concurren circunstancias...

“¿Conoce usted, preguntó a continuación el inspector, dejando la última frase a medio formular, con los biliosos ojitos brillantes de maldad concentrados en la cara de Deluc, la casa en que vivía el difunto Pérez Moles?

-Sé que queda por Punta Redonda.

-Cerca del faro, en efecto. En la calle Blanca del Tabaré entre Bustamante y Poeta Lagraz. Un lindo barrio, por cierto, en el que no abundan los jodidos policías. Tampoco los jodidos periodistas, quiero creer.

-Tal vez Pérez Moles se sacaba un pequeño sobresueldo.

-¿Pequeño? –preguntó Corróchano con sorna, y agregó, con más vaguedad-. Tal vez.

-Sospecha usted de la familia.

-Cabe que se trate, en efecto, de un crimen digamos interno. También hay una visita.

Alguien llamó al timbre hacia las siete.

-Al comisario lo encontró su hija, tengo entendido, cuando salía para su trabajo.

-En efecto, periodista.

-¿Un domingo? Debe de ser una trabajadora infatigable, esa señorita.

-A mí también me pareció raro. Se lo pregunté.

-¿Qué le dijo?

-Están preparando un viaje del ministro a Washington, para esta semana. Comprobé que es verdad.

-Entiendo. Se oyó una moto, según se me ha dicho..

-En efecto. Pudo tapar el ruido del disparo, que al parecer nadie oyó. No dentro de la casa, al menos. Tampoco lo oyeron los vecinos a los que se ha interrogado.

-No vincula usted la moto con el crimen.

-No descarto nada, periodista.

-Descarta usted a los armenios.

-Conozco a esos jodidos turcos malditos como si fueran hermanos míos de leche –dijo Corróchano, con evidente furor repentino-. Y los descarto por completo. No es su estilo, una jodida balita, periodista. Hubieran usado metralletas.

-Estoy de acuerdo con usted, inspector, por una vez.

-Los conozco, jodidos turcos de mierda -Corróchano parecía enfurecerse más y más a medida que hablaba, moviendo mucho la mano con la chala-, y me han oído, tanto los unos como los otros, los jodidos peces grandes como los medianos y más chicos, ¿qué se habrán creído?

Dejó de súbito de hablar y chupeteó y relamió su chala, ya entonces medio abierta

-¿Se ha dado cuenta de una cosa, periodista, usted que tanta fama tiene de ser un hombre inteligente?

Corróchano se expresaba (ahora) con indudable y deliberado sarcasmo.

-Los turcos –siguió diciendo-, los armenios, los azeríes, los sirio libaneses, los hindúes, los magrebíes y los negros africanos, toda esa jodida gente de mierda que pertenece a otras culturas muy diferentes a la nuestra, se viene a un país como éste muerta de hambre, se viene en manadas, se viene apretujada en el fondo infecto de los barcos cargueros; aquí se los recibe con los brazos abiertos y lo único que ambicionan ellos es esquilmar al país. Hasta los jodidos almaceneros son ladrones; estafan en el peso, venden fruta podrida, harina con gusanos y kerosén con agua. Imagíneselos con una jodida pistola, periodista. Cuando mataron a Bardasanián los tuve aquí a todos ellos y los hice sudar.

-A todos ¿quiénes?

-Usted sabe quiénes. Optf, Petrosián, Sassanián, Simonián, Darzakil, Burán y Armagedián.

-¿Quién es Armagedián? Primera vez que oigo ese nombre.

-Es joven, el más joven. Treinta y cuatro años. El más inteligente, quizá, también. Es el que a la larga, creo, y siempre que no lo pare un jodido accidente, llamémoslo así, resultante de otros cuarenta balazos, se va a quedar con todo.

-Usted sospecha que los mismos armenios pudieron matar a Bardasanián, o que lo pudo matar uno de ellos, o que al menos saben algo de aquel crimen. Los descarta en bloque, sin embargo, en relación con la muerte de Pérez Moles. Y eso a pesar de que el rasgo que más caracterizaba a Pérez Moles no era su simple condición de policía y de jefe, si no me equivoco,

de la llamada Brigada Móvil, sino la más conspicua y más notoria de policía corrupto. Es decir de policía vinculado por lazos de complicidad con el hampa. Descartamos, no obstante, a los armenios, en lo cual, como ya le he dicho, estoy de acuerdo con usted. No creo, empero, que fueran los únicos gangsters con los que estaba vinculado Pérez Moles.

-De corrupción no hablaremos, periodista. Me guste a mí o no, Aquilino Pérez Moles era un jodido colega.

-De acuerdo, inspector –cedió Deluc-. Pasemos a otra cosa.

-Pregunte.

-Pensaba en ese tiro que nadie ha oído, inspector. ¿No cabe que se haya usado un silenciador?

-No diga bobadas, periodista. ¡Un silenciador! Esas jodidas cosas no se usan en la vida real. No aquí, por lo menos, en este jodido país. Además no apareció ninguno en el lugar del crimen, y sí estaba allí la jodida pistola. Olvídese de su jodido silenciador, periodista.

-Está bien, inspector. ¿Y esa visita? ¿Pudo ser Muley? Sé que lo buscan.

-Lo hemos encontrado. Está aquí abajo.

-¿En los calabozos? ¿Detenido?

-A nuestra disposición, mejor dicho. Él niega haberse acercado a casa de Pérez Moles, pero no sé. Esa jodida gentuza miente más que habla, periodista. Es natural, si uno lo piensa un poco.

Corróchano hizo una pausa y tosió; sus ojitos venenosos no se apartaban de los de Deluc.

-Por lo demás –añadió-, esta mañana apareció un testigo que vio a alguien más ayer por la mañana.

-¿A quién?

-No debería decir más nada, periodista.

-La policía necesita a periodistas como yo, inspector –dijo Deluc, calmadamente-. No sólo a cagatintas domesticados como Marganesi y los de su calaña.

-Sé que se lleva usted muy bien con nuestro supercomisario.

-¿Se refiere usted a Fillol?

-¿A quién si no? Usted trabaja para la CIA, periodista, hace manitas con Fillol, es el reportero estrella de un jodido diario de ultraderecha... Creo que es usted un hombre sin principios. Y perdóneme que se lo diga.

-Yo creo lo mismo de usted, inspector. ¿Qué me decía de ese testigo? ¿A quién vio?

Corróchano tosió un poco más, fumo en silencio unos instantes y al final se aclaró la voz y habló:

-Nada de eso le puedo decir, periodista. ¿Qué más quiere?

-¿Puedo ver las actas de los interrogatorios, o como se llamen?

-Ni hablar.

-¿Por qué no?

-Está terminantemente prohibido por no sé qué jodida normativa, periodista. Se necesita expresa autorización del juez. Yo no quiero meterme en más líos. Ya me han abierto expediente tres veces. Un día van y me echan, ¿y yo qué hago? Sólo sé ser un jodido policía.

-Se puede ir a América del Norte, a trabajar en la Pinkerton, inspector. Sé que necesitan detectives hispanoparlantes.

-Váyase al carajo, periodista.

-Se lo digo en serio, inspector. Conozco a grandes rasgos su carrera, desde que estaba en Investigaciones, y creo que usted, como detective, es un lujo para este país.

-Y como ciudadano un asco.

-Algo así. No se me ofenda.

-Me resbala lo que usted pueda pensar, periodista –Corróchano casi escupió la palabra-, tanto en un sentido como en el otro. Detesto a los periodistas; a todos, sin excepción. Estuvieron a punto de conseguir mi cabeza cuando el jodidísimo asunto aquel de Cardelli, que sería todo lo periodista que usted quiera pero era un estafador; y además disparó primero.

Corróchano estrujó su chala con sus gruesos dedos y la dejó caer, todavía humeante, con un gesto furibundo, que le retorció las feas facciones, en el desbordante cenicero.

-He pasado por todos los jodidos departamentos de esta jodida jefatura –dijo.

Hablaba con voz flemosa y contenida; parecía (por su mirada perdida en váyase a saber qué lejanías) que se quisiera desahogar, y más valía escucharlo.

-He estado en Costumbres –enumeró-, en Hurtos y Rapiñas, en Delitos contra la Propiedad, en Peculados, en la Brigada Especial, en Atracos a Mano Armada, en Investigaciones... Ahora estoy en Homicidios. He visto de todo, periodista. ¿Sabe usted por qué dejé Atracos?

-¿Cómo quiere que lo sepa?

-Un día entró un tipo en un banco. Era una sucursal bancaria por Nuevo Versalles. Había adentro cuatro o cinco clientes y tres o cuatro empleados. También un agente uniformado de policía, con su pistola al cinto. El tipo entra y muestra una lata. ‘Miren que la tiro’, dice. Todos los demás levantan de inmediato las manos, incluyendo por supuesto al jodido agente uniformado. El cajero vacía su caja en una bolsa y se la entrega al tipo de la lata. El tipo sale tan tranquilo y tira la jodida lata en la calle. Estaba vacía.

-¿Por eso dejó usted el departamento?

-¡Una bomba! –Corróchano golpeó con las dos manos abiertas sobre su mesa, lo que levantó una nube polvorienta e hizo volar papeles-. Aquello ni siquiera fue un atraco a mano ar-

mada, periodista. Todos creyeron que aquella jodida lata barata era una jodida bomba. Habráse visto una imbecilidad mayor. Nunca se ha asaltado un jodido banco con una bomba, periodista. Nunca, en ningún jodido lugar del mundo.

-Un tipo listo.

-Ya me dirá. ¿De qué lo podían acusar, caso que lo detuvieran?

-Se llevó dinero.

-Antes de llevárselo, quiero decir. Si no lo consigue, no lo pueden acusar de nada, aunque lo detengan. No es un jodido crimen enseñar una jodida lata en un jodido banco, periodista. Y si lo consigue fantástico. Y lo consiguió, claro que sí. Se llevó más de cien mil pesos de entonces. Nunca se dio con él, que yo sepa. Yo le di vueltas a aquel asunto varios días. Con atracadores así, ¿para qué sirve la jodida policía? Todo son frustraciones, periodista. En cuanto quedó un hueco en Investigaciones solicité el traslado. De poco me sirvió.

-Y después usted y yo nos conocimos, inspector.

-Maldito el jodido día, periodista.

-Nos queremos, inspector.

Deluc había sacado sus Singulares y encendido uno. Después sacó una petaca plateada del bolsillo interior de su perramus, le aflojó el gollete y se la pasó a Corróchano, por encima de la mesa.

-¿Me quiere usted sobornar, jodido periodista?

-Es cognac y del bueno. Cognac francés. Échese un traguito, inspector. Aquí nadie nos ve.

-Nunca se sabe –suspiró Corróchano, con la petaca plateada ya en una mano.

Deluc lo miraba beber.

-En fin, periodista.

-¿A quién vieron, inspector?

-A una muchacha.

Deluc mantenía su cara impávida, aunque cabía que por dentro su corazón batiera con más fuerza.

-¿Quién la vio?

-Un testigo, ya se lo he dicho.

-¿Qué testigo, inspector?

-Es usted jodidamente insistente, periodista.

-Es mi trabajo.

-En fin, bien

Corróchano le dio el último trago a la petaca con cognac y se la devolvió vacía a Deluc.

-El testigo –dijo- es un jodido empleado de la jodida embajada danesa, que vive a la vuelta de lo de Pérez Moles. Uno de sus hijos les dio la noche, según parece, a él y a su jodida mujer. Él estaba asomado a una ventana, desvelado, en un primer piso. Faltaban unos pocos minutos para las siete, según declaró, cuando vio un taxi que se detenía en la esquina.

“Del taxi se bajó una mujer joven, una muchacha. Llevaba grandes gafas y sombrero, como si tratara de ocultar su cara. La casa de esos jodidos daneses, que no son en realidad daneses, sino hijos de daneses, él al menos, no sé si ella, queda en Bustamante, muy cerca de Blanca del Tabaré. Desde allí la casa de Pérez Moles, aunque cae muy cerca, no se ve. La muchacha, sea como fuere, se perdió de vista por Blanca del Tabaré. Habían pasado dos o tres minutos, apenas, cuando ese jodido danés la vio volver, muy de prisa, y encaminarse por Bustamante, ya casi corriendo, en la dirección contraria, hacia el Boulevard Artigas.

-Y tampoco él oyó el disparo.

-Nadie lo oyó, periodista. El jodido danés, eso sí, oyó la moto.

-¿Y el taxista?

-Se acuerda de la muchacha, aunque su descripción fue muy vaga.

-¿Se sabe dónde tomó el taxi la muchacha?

-En Dieciocho de Julio. Cerca del Parque de los Aliados –dijo Corróchano, y añadió, con una especie de cansancio-. De todo esto ni palabra, periodista.

-Confíe en mí, inspector.

-Jodida cosa me pide, periodista.

La gran cara amorfa de Corróchano, con su gruesa nariz de beodo, estriada por venas amarillas y azules, no reflejaba nada; tedio, si tal.

Deluc se marchó.

No cantaba al salir. Estaba, según se veía, preocupado.

[Comprar el libro](#)

[Comprar el libro en Amazon](#)

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten

alvarocastillo.net